

## LA ELECCION

¿POR QUÉ se escogió a Maximiliano para la aventura de México?

Se pensó antes en el Duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, pero se le descartó, entre otras razones de carácter personal, por su parentesco con Isabel II de España. Era su cuñado y a Napoleón III, siempre sinuoso y falaz hasta con sus propios cómplices de la invasión —Inglaterra y España que en octubre de 1861 habían pactado con él en la "Convención de Londres" presentarse en México para "exigir el pago de la inmensa deuda mexicana"—, no le convenía una ingerencia tan íntima de la monarquía española en México.

No se le escapaba al soberano francés la hipótesis de que Isabel pretendiese reconquistar su rica colonia independizada en 1810 y 1821. Y, por lo demás, a la facción mexicana de infidentes, en su odio ancestral a España, le molestaba la idea de regresar al dominio colonial, aunque estuviese dispuesta al tutelaje de Francia y aceptase la intervención napoleónica y a un monarca extranjero como una salvación.

Un archiduque de Austria, en cambio, no ofrecía complicación. A Francisco José, su hermano, no le interesaba ninguna conquista del Nuevo Mundo. Estaba, pues, a salvo, al escoger a un

príncipe austriaco, de crearse un rival en su imperio francés de México.

Por lo demás, Maximiliano se encontraba a disponibilidad, siendo el más viable para aceptar el puesto que se le asignase. A más de ser católico, de observar buena conducta, de pertenecer junto con Carlota, a dos de las casas reales más respetadas de Europa en la época y, sobre todo, a ser un hombre bueno, fácilmente manejable, "un soñador para un bello sueño", como dice don Justo Sierra, el estar libre, fue la razón más poderosa para escogerlo. Maximiliano no tenía "empleo", en otras palabras. Su vida se deslizaba quieta y oscuramente en Miramar, en contradicción con su rango de príncipe de casa real. Y, por otra parte, Napoleón quería compensarlo después de que por su causa, es decir, por haber apoyado la revolución italiana, Maximiliano había perdido su mandato de Lombardía.

Así fue, pues, cómo el 10 de julio de 1863, la "Junta de Notables" compuesta por doscientos quince miembros encabezados por don Juan Almonte, el Arzobispo de México don Pelagio Antonio de Labastida, y don Mariano Salas, redactó y estatuyó la siguiente resolución:

"1.—La Nación Mexicana adopta como forma de gobierno, la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico. 2.—El Soberano tomará el título de Emperador de México. 3.—La corona imperial de México se ofrece a S. S. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes. 4.—En caso de por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegare a tomar posesión del trono que se le ofrece, *la nación mexicana se remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III*, emperador de los franceses para que le indique otro príncipe católico".

No, no hubo necesidad de que se alterase la "benevolencia"

de S. M. el Emperador de Francia a la que tan sumisamente se acogía aquel grupo de traidores, pasando por alto la invasión que tantas vidas de mexicanos había costado. Estaba escrito que Maximiliano fuese la víctima de aquella farsa monárquica ideada por un soberano codicioso y por un partido de entreguistas que, al poner su patria en manos de extranjeros, negaban para ella su independencia, iniciada a base de tanta sangre en 1810.

El 10 de abril de 1864, subieron por las marmóreas escalinatas de Miramar hasta el suntuoso salón de recepciones, los emisarios mexicanos, precedidos por don José María Gutiérrez de Estrada quien desde hacía varios años tramitaba en Europa cerca de Napoleón III y Eugenia, la instauración de una monarquía extranjera en su país.

Entregando las actas espurias del plebiscito nacional a Maximiliano y postrándose servilmente ante él, besó primero la mano del Archiduque y enseguida la de la Archiduquesa y exclamó:

¡Salud a Su Majestad Maximiliano I, Emperador de México!  
¡Salud a la Emperatriz!

Una ola de orgullo y radiante satisfacción iluminó el rostro de Carlota que lucía soberbia y elegante en un bello traje de moaré blanco cuajado de pedrería y sobre el cual contrastaba el negro cordón de la Orden de Malta. Irguió más aún su altiva cabeza coronada por la rica diadema de diamantes. Era ya una reina y sus ojos, húmedos de emoción, se volvieron discretamente a mirar a su marido que en su uniforme azul de almirante donde resplandecía la condecoración del Toisón de Oro, insignia de defensor de la fe cristiana, le pareció más bello que nunca. ¡El Emperador de México! ¡Su Maximiliano!

Afuera resonó una salva de cañonazos que provenían de los

barcos anclados en el golfo. Y en la torrecilla más alta del castillo ondeó por primera vez la bandera mexicana con la corona del Imperio rematando el águila nacional.

Empezaba la gigantesca farsa que acabaría en tragedia.